APENDICE.

NÚMERO 1.

Retrato de Voltaire.

«Voltaire no pesa ni vale en la historia sino por su diabólico poder de demolición y por la maravillosa gracia de su estilo, que, así y todo, y en medio de su limpieza, amenidad y tersura, carece en absoluto de seriedad y de verdadera elocuencia. Puso la historia en *solfa* (como vulgarmente se dice), considerándola como ciego mecanismo, en que de pequeñas causas nacen grandes efectos, materia de risa y de facecias inagotables, en que lo divino y lo humano quedan igualmente mal parados. ¡Y qué exégesis bíblica la suya, digna, no de Espinosa, ni de Eichornn, ni de la escuela de Tubinga, sino de cualquier lupanar, taberna ó cuerpo de guardia! Ese hombre ignoraba el hebreo y el griego, y pretendía impugnar la autenticidad de los sagrados textos, tan cerrados para él como el libro de los siete sellos. Se creía poeta, y no percibía ni un átomo de la belleza de las Escrituras, y tenía valor para enmascarar en ridículas y groseras parodias las sublimes visiones de Ezequiel, el libro de Job, y los enamorados suspiros de la Sulamita. Parece como que Dios, en castigo, le hirió de radical impotencia para toda poesía noble y alta. Ni la comprendía, ni acertaba á producirla, ni sabía de más arte que del convencional, académico y de salón. ¡Tales tragedias frías y soporíferas hizo él! ¿Ni qué sentido hondo y verdadero de la hermosura había de tener el hombre para quien Isaías era fanático extravagante y Shakespeare salvaje beodo?»

Menéndez y Pelayo.—(Historia de los Heterodoxos Españoles.)

NÚMERO 2.

Paralelo.

—

«¿Quién —pregunta acaso el lector— alcanzó mayor número de veces la palma del triunfo? ¿quién manifestó de modo más claro y evidente su superioridad, Pimentel ó Ramírez?

Séanos permitido responder á esas preguntas. Las circunstancias del actual momento nos autorizan á intentarlo con probabilidades, si no de acierto, sí de decir la verdad tal cual nosotros la vemos. Ni Ramírez ni Pimentel existen; las obras del primero tiempo ha que fueron reunidas en dos gruesos volúmenes, precedidas de brillante y magistral estudio debido á la pluma de Altamirano; las del segundo, aparecen ahora coleccionadas por el cariño filial; á Ramírez y á Pimentel los tratamos muy cerca y junto á ellos tuvimos la inmerecida honra de sentarnos en academias científicas y literarias, á ambos los estimamos sinceramente y dolorosa fué su pérdida para nosotros que nos preciábamos de conocer sus virtudes, de admirar su ciencia, de instruirnos con la lectura de sus producciones. Estamos, pues, bien informados, y podemos además ser imparciales al escribir esta página de nuestra historia literaria; y son la buena información y la imparcialidad las que, cuando el historiador carece de otras eximias dotes, avaloran sus trabajos.

Contestemos entonces las indicadas preguntas, diciendo que ni en inteligencia ni en saber era superior al otro, uno de ellos; Pimentel y Ramírez eran sencillamente dispares. La erudición en ambos era extraordinaria; su facilidad de percepción igual; de su dedicación constante á las tareas literarias hay pocos ejemplos; de su sentido crítico, aunque yendo á las veces por distintos derroteros, y de su amor á la discusión, no cabe hacer distinciones.

Era Ramírez, como escritor, más brillante, más galano en ocasiones, diluía menos su pensamiento, era más sintético. En cambio Pimentel era más razonador, y con estilo terso y claro convencía ya que no arrebataba, y con las que podríamos llamar sus ampliaciones, lograba que sus lectores ó su auditorio se com-

penetraran por completo de lo que él pretendía demostrar. Ramírez, aunque gran pensador, alto y profundo, era un humorista que sacrificaba no raras veces á la gracia de una frase rabelesiana, la majestad de un período que había comenzado por despertar la admiración y acababa por provocar una carcajada. A su vez Pimentel se hacía con frecuencia árido, porque llevaba hasta la exageración su empeño de no emplear giros retóricos que, según repetía de continuo, eran poesía impertinente. Escribiendo ó hablando iba derechamente á la tesis que se había propuesto desarrollar ó defender. Y como la inmensa mayoría de los que leen ó escuchan no se conforma con la verdad dicha lisa y llanamente, sino que quiere que se le presente revestida de brillantes galas, entre fulgores y perfumes, á Pimentel se le acusaba de ser, como escritor y orador, pálido y frío, porque no hería la imaginación ni avivaba el sentimiento, sino que se dirigía á la razón ante todo y sobre todo. Parecía que era para él un dogma inviolable este precepto de un gran crítico inglés: «La primer regla á que ha de obedecer todo escrito, á la cual están subordinadas todas las otras, es que las palabras usadas por el autor sean aquellas con que expresaría su significado el mayor número de lectores.»* He ahí por qué se cree por algunos que Pimentel era inferior, en punto á estilo, á Ramírez. Sí, la extremada sencillez del primero contrasta, es cierto, con la grandilocuencia que no es rara en Ramírez; pero téngase en cuenta que, en su mayor parte, los escritos de Pimentel versaron sobre asuntos en que no eran necesarias las galas que se ha querido echar de menos; que no contribuyó, sino por excepción, á publicaciones meramente literarias; que no fué tribuno popular, sino orador académico; que no se ejercitó en la cátedra, donde no es posible dejar de pagar un tributo al gusto de la juventud poética y soñadora, para hacerse amar de ella, para conquistar sus simpatías, su admiración tal vez, halagándola, enseñándole la verdad, no descarnada sino embellecida, dulcificando su amargura, mezclándola con el licor suave y perfumado. Ramírez fué todo eso que Pimentel no llegó á ser: tribuno, orador parlamentario, catedrático, periodista.

---

* Macauley. Carta al editor Mr. Napier.

Empero no se crea que faltan en absoluto entre las páginas de ese escritor, ni elegancia ni elocuencia. Varios de los pasajes que hemos reproducido en este estudio, comprueban plenamente lo contrario. Pimentel era un crítico que podríamos llamar didascálico, pues demostraba para enseñar convenciendo, fiel siempre á las doctrinas de las autoridades reconocidas por todos, en tanto que Ramírez, mejor que crítico, era un gran satírico que fiaba á su regocijado humorismo, rayano por lo común en incisiva y mordaz diatriba, el derrumbamiento de los ídolos que abominaba y la muerte de las leyendas y de los mitos. Ramírez tenía grandes puntos de contacto con Carlyle, mientras que Pimentel parecía vaciado en el molde de Macaulay. El primero, espíritu verdaderamente volteriano, ardía en ansias demoledoras, sin deseo de reconstruir nunca; de todo se burlaba, aparentaba no creer en nada. El segundo se recreaba en la verdad cuando creía haberla encontrado tras paciente labor. Y hay más todavía: Ramírez, sin escrúpulo, torturaba la verdad cuando así convenía al éxito que perseguía en una controversia, mientras que Pimentel nada decía ni afirmaba, sino severa, concienzudamente. Tan cierto es esto, que si Pimentel obtuvo memorable victoria sobre Ramírez al impugnar el discurso de éste sobre la poesía erótica de los griegos, fué entre otras razones, si no nos equivocamos, porque arrastrado el Nigromante por el prurito de no aparecer creyendo lo que de antaño se ha tenido por cierto, por no ser tenido por uno de tantos carneros de Panurgo, falseó por completo, á sabiendas sin duda, el carácter de la poesía helena, como fácilmente lo reconocerá quien lea, en el tomo tercero de la presente colección, la monografía literaria intitulada *Impugnación*, de la que ya en su lugar dimos noticia.

No pretendemos que lo anterior sea tomado sino como el bosquejo de un paralelo entre los dos campeones del Liceo Hidalgo, bosquejo que por pluma más diestra que la del autor de este estudio preliminar, acaso se escriba algún día.»

Francisco Sosa.—(Vida y Escritos de D. Francisco Pimentel.)

NÚMERO 3.

ESBOZOS.

I.

El astrólogo robado.

(Cuento.)

En la plaza..... Un astrólogo ejercita su ciencia ante numeroso concurso..... Mientras, un ladrón entra en su casa y le roba. Uno de los oyentes, que ha visto lo que pasaba, dice al sabio que no puede creer en su ciencia..... y da la razón. Reflexiones.

II.

Venganza de un alfarero.

(Anécdota)

Pugnani, célebre violinista, tenía una nariz muy grande, digna del soneto de Quevedo, y tan afamada como el talento de su dueño. Estratagema de un alfarero á quien Pugnani debía una gran suma..... El retrato del artista pintado en las vajillas..... Queja de Pugnani al Gobernador, ante el cual comparece el alfarero..... Defensa de éste..... Argumento justificativo: un pañuelo en el cual está pintado el retrato del Emperador de Austria.